

Elba Luján. ¡Qué tal vida!. Lima: Editorial Trascender, 2018. 1era edición. (2da en preparación).

Patricia de Souza

Si hay un tema importante en la sociedad peruana, es la memoria. El esfuerzo de memoria, no solo para hablar de los momentos violentos de nuestra historia como país, sino de aquellas cosas que nos representan con una cierta especificidad como sociedad y construyen nuestra narración nacional, nuestro mundo simbólico e imaginario, o sea, aquellas personalidades que a fuerza de talento, riesgos, logros y caídas dibujan un rostro siempre distinto y único. Elba Luján construye un mosaico de micro-biografías de personalidades de nuestro país, lo que en cierta forma significa lo que se dice una identidad. Y un lenguaje común. Con un talento enorme para la síntesis, Elba, acerca el lente con espontaneidad, sin pedantería académica, con oído poético y una mirada que funciona casi como una segunda piel. Esas «Vidas minúsculas», o ejemplares, son un verdadero disfrute. Sin duda un libro esencial.

Sara Beatriz Guardia

Aquí están, escuchamos sus voces, el fulgor de sus cantos, también los silencios que golpean. Los ha reunido Elba Luján inspirada en el viento que viene del mar. No se trata de las biografías que conocemos, aquellas que siguen en orden cronológico la vida y la obra, en estas crónicas se llega directamente al centro, donde todas las ventanas se abren al horizonte.

A través de estas páginas tan cuidadosamente inspiradas podemos acercarnos y dialogar con Flora Tristán, Mariano Melgar, Antonio Raimondi, Alfonso de Silva, Martín Adán, José María Arguedas, Tilsa Tsuchiya, Alicia Maguiña, Lucho Hernández, Javier Heraud, César Calvo y Antonio Cisneros. Crisol de anhelos y propósitos de una verdad que aspiraron transmitir, también Mercedes Cabello, Manuel González Prada, José Sabogal, Raúl Porras Barrenechea, Ciro Alegría, Cota Carvallo, María Rostworowski, Cristina Gálvez, Chabuca Granda, Sebastián Salazar Bondy, Ima Súmac, Gustavo Gutiérrez, y Victoria Santa Cruz.

Todos ellos nos dicen al unísono en la voz de Mario Benedetti: No te rindas, aún estás a tiempo de alcanzar y comenzar de nuevo. Aceptar tus sombras. Enterrar tus miedos. Liberar el lastre. Retomar el vuelo. No te rindas que la vida es eso, continuar el viaje, perseguir tus sueños, destrabar el tiempo.

Enrique Sánchez Hernani

Una de las formas de la crónica que más me gusta es el llamado perfil. Es un subgénero que ha sido muy utilizado para descubrir los meandros y laberintos del ser humano y dar con una idea precisa del espíritu y la obra de personalidades atractivas, subyugantes, estrambóticas y hasta repulsivas. Truman Capote, Norman Mailer y Gay Talese han escrito perfiles donde han develado misterios insondables del alma humana, por lo general de manera divertida. Richard Kapuszinski y Jon Lee Anderson han corroído el velo a dictadores, sátrapas y otras miserias, haciéndonos notar las corroídas capas de las cuales, a veces, está hecho el ser humano. Pero pocos escritores, entre los que conozco, se aproximan a sus personajes desde el amor. Este es el caso de Elba Luján, que en su libro ¡Qué tal vida! se ha acercado a 25 peruanos de diferentes oficios y épocas, pero que con su vida tienen algo que decirnos para formar el dibujo de eso tan complejo que es la peruanidad.

La idea de Elba no ha sido dar un largo y exhaustivo circunloquio en torno a estas personalidades, sino la de mostrarnos los rasgos más llamativos de cada una, vistas no solo desde la curiosidad sino desde el dato que las define bien, o añadiendo la anécdota que no sabíamos y el trazo que finalmente nos conmueve. La brevedad de cada uno de estos perfiles implica un reto: escribir bien, cosa que alcanza a cualquier escrito literario, pero que en los textos breves es un desafío mayor, como lo sabía bien Jorge Luis Borges, maestro en el arte de las pequeñas biografías. Debo decir que el resultado, aquí, me ha sorprendido. La fineza en la construcción de la prosa y el uso cabal de frases de aliento lírico hacen que estos perfiles sean una delicia, no solo porque iluminan muy bien a sus personajes, sino porque resulta un verdadero placer leer los textos.

La mayoría de los peruanos retratados son del siglo XX, algunos muy próximos a nosotros, por lo que la lectura de sus vidas recreadas es útil no solo para el espíritu, sino que también para la razón, porque están perfectamente situados, aunque el afecto que Elba siente por cada uno de ellos es evidente. Este amor es transmitido por su prosa y llega al lector como una oleada cálida y generosa, cumpliendo el cometido de ayudarnos a entenderlos, también de quererlos más y, de otra forma, de entender que, en tiempos de miseria y corrupción, hay muchos peruanos a los que uno quisiera haber conocido o, por lo menos, haberles dado la mano para agradecerles por su vida fértil. Es decir, en estos tiempos aciagos, este libro nos empuja hacia la esperanza, a pensar en que todo no ha sido tan malo y que hay gente de la cual tenemos el legítimo derecho de sentirnos orgullosos.

Quiero aclarar que al señalar que los perfiles de este libro son breves, tal cosa no significa de ninguna manera que este haya sido un trabajo fácil. Se nota que el acopio de datos ha sido serio y que es utilizado con rigor. Y como ya hemos dicho,

una prosa breve, si no es buena, es fácil notarle el defecto; aquí, nos place decirlo, la prosa es limpia y superlativa, y realizamos esta afirmación no desde la amistad, de la que me jacto compartir con Elba, sino desde el prurito del lector curtido.

Creo, por último, que este libro tiene una utilidad adicional. No solo es un regocijo leerlo, sino que también se convierte en un regalo perfecto. Darlo a otro es estar convencido de su belleza exacta y también es una forma de contribuir a darnos aliento, de decir este también es el Perú, este es el camino que como hombres y mujeres deberíamos seguir para sentirnos útiles y exitosos. Que la mayoría de los retratados sean escritores, artistas, pensadores nos hace pensar también en lo útil y decente que es esta opción de vida, sobre todo cuando los mercaderes de raleado pelaje, ocultos en todas las actividades, nos vienen haciendo quedar tan mal. Aquí no todo se vende y se compra, señoras y señores, aquí no todo tiene precio vil. Elba nos quiere decir que el amor, la honestidad y la decencia son los valores más destacados de cada uno como seres humanos. Ese es el norte. Leyendo este libro lo entenderemos perfectamente.

VICTORIA SANTA CRUZ

Compositora, diseñadora, coreógrafa, investigadora, folclorista, maestra

Desde muy tierna infancia, cuando era un pedacito de negrita, me empecé a preguntar qué era la vida. Siempre atraída por los misterios de la existencia, la pequeña Victoria era lo que se dice una niña preguntona. Es posible imaginar la iluminación de sus ojos al oír la palabra de sus padres intentando serenar sus inquietudes. No en vano ambos eran artistas, él dramaturgo, y ella, inigualable en el canto y el baile. Además del gran amor por el conocimiento, el arte y la cultura, ellos supieron inculcar en su prole el más profundo sentido de la dignidad personal, esa que Victoria lució a lo largo de toda su existencia. No obstante, muy pronto conoció los sinsabores de la discriminación por haber nacido negra y mujer: he sufrido mucho, pero hoy sé quién soy y por eso digo que si empecé luchando por el ser humano de raza negra [...] hoy lucho por la familia humana a la que pertenezco. Fue así que con gran fuerza y convicción se lanzó a indagar sobre su herencia africana. De ese periodo es su poema «Me gritaron negra». De ahí en adelante consideró el racismo como una clara señal de atraso mental y espiritual en cualquier persona, pero eso sí: imperdonable si lo descubría en el corazón de los agraviados. ¡Negro!, y qué lindo suena, y qué ritmo tiene [...] y bendigo al cielo porque quiso Dios que negro azabache fuese mi color.

Con su hermano Nicomedes fundó en 1958 la compañía Cumanana, yo me encargué de las danzas y del vestuario y él de los versos. Ellos «sentaron las bases

para crear el teatro negro peruano». Tres años después, Victoria viajó becada a París a estudiar en la Universidad del Teatro de las Naciones y en la Escuela Superior de Estudios Coreográficos. Concluidos sus estudios volvió y fundó su Teatro y Danzas Negras del Perú, con el que llevó los ritmos peruanos de origen negro a cientos de escenarios nacionales y extranjeros, uno de ellos: las Olimpiadas de México de 1968, allí su magnífico despliegue artístico, aclamado en cada presentación mereció una medalla de oro. A partir de 1973, Victoria dirigió el Conjunto Nacional de Folklore, y en 1982 partió a la Universidad Carnegie Mellon, en Estados Unidos, como catedrática en el Departamento de Drama. 17 años estuvo enseñando teatro sin ninguna técnica tradicional teatral, creando su propio método, mostrando a sus alumnos el camino para hallar su ritmo interior, ese que respira en el centro del cuerpo y de la naturaleza, y que está en el origen mismo de la vida: chiquitos, no lo olviden: el miedo es arritmia. Después volvió al Perú, pues era aquí donde quería volcar todo su bagaje de conocimientos. Con absoluta disciplina, integridad y generosidad supo interpretar, como si fuese una partitura, el más leve gesto o movimiento de sus alumnos, y poner en palabras aquellos sentimientos, emociones y sensaciones indeleblemente inscritos en cada una de las células de sus cuerpos. Sus clases tenían la fuerza, la energía y la atmósfera de un ritual sagrado. A través de la percusión, del movimiento y la acción supo siempre invocar al espíritu de libertad y de unión entre el ser y el ritmo del universo. El compromiso comienza con uno mismo. El que no es leal consigo mismo, no puede ser leal con nadie.

Lima, 27 de octubre de 1922 – Lima 30 de agosto de 2014

ALFONSO DE SILVA

Músico y escritor

Pero me divierto corriendo / por los caminos inverosímiles que me has dado /
Tengo en la mano los hilos / de cometas polícromas.

Recién había cumplido cuatro años de edad cuando un buen día desapareció sin dejar rastro. El llanto de su tía Toyita, los gritos de la familia y el laberinto del vecindario ahogaban las suaves notas que salían de la sala del piano de la inmensa y vieja casona. Cuando por fin lo encontraron, nadie pudo explicarse cómo había hecho para entrar a ese lugar que siempre permanecía bajo llave, lo cierto es que ahí estaba él, empinado, tocando «con un dedito una melodía». Alfonso fue un niño precoz, antes de cumplir los 20 años de edad ya había compuesto suites, mazurcas, preludios, líricas y canciones. Tuvo que aprender el piano de manera

autodidacta, escuchando y analizando sin descanso la armonía, la orquestación y la forma de las partituras de Chopin, Beethoven, Liszt, Debussy, Ravel, porque su tía Toyita, temerosa de que el piano lo llevara a una vida de perdición y juergas, decidió matricularlo en violín. Ella ignoraba la fuerza de una vocación abrasadora e indoblegable. Tanto como la música, lo apasionaba la poesía, se pasaba los días leyendo a Poe, Ibsen, Baudelaire. A los 16 años, cuando estaba en Letras en la Universidad Católica, trágicamente se develó el misterio que había rodeado su nacimiento: su tía Toyita, en su lecho de muerte, le confesó ser su madre y le dijo también quién era su padre. Envejecí demasiado temprano, escribí en su cuaderno. Fueron tiempos de agudas tempestades nerviosas que buscaba evadir en compañía de amigos. Es de noche y desfilan pensamientos raros / Mi cerebro es como un manicomio. Su creación, sin embargo, se mantuvo sumamente fecunda, ahí están su Noche encantada, Inquietud, Atardecer, Cuento de hadas, Yo seré tu tristeza, Instantes, entre otras. Una exigua beca del Real Conservatorio de Madrid lo llevó a Europa, pero nunca alcanzó a cubrir sus gastos ni sus crecientes deudas, muchas de ellas para pagarse el paraíso: ...la fe en mí mismo crece conforme oigo más música. Cuando estoy en los conciertos sinfónicos [...] me siento muy grande... mi música está a la altura de la gran música... A pesar del éxito que obtuvo en Berlín y París, su economía siguió prácticamente en la miseria. En 1923 estaba de nuevo en Lima donde dio un concierto triunfal en el teatro Forero y luego una audición en el Palacio de Gobierno, pero sus angustias existenciales no le daban tregua. Hizo un viaje más a París antes de regresar definitivamente al Perú en 1930. Sus últimos años fueron extremadamente duros, pero aun así dejó no solo una inmensa obra musical, sino también cartas y poemas que son el testimonio de un alma de artista en carne viva. Al enterarse de su muerte, su gran amigo César Vallejo escribió: «sufro, bebiendo un vaso de ti, Silva, / un vaso para ponerse bien, como decíamos, / y después ya veremos lo que pasa...». Ahora, de este terrible dolor saldrá la llama que ilumine mi futuro. Nunca más fuerte que hoy. ¡Duro vivir... pero hermoso!

Callao, 22 de diciembre de 1902 - Lima, 7 de mayo de 1937

TILSA TSUCHIYA

Pintora

En el universo de Tilsa las fronteras parecen extraviarse en la bruma, allí donde las piedras, el cielo, el mar y todos los seres navegan libremente, abrazados por un océano infinito. Es un mundo donde lo real y lo irreal, los recuerdos, los sueños y los mitos se entremezclan, como sus orígenes japoneses, chinos y andinos,

magníficamente entrelazados por su talento. Tilsa fue la séptima hija de los Tsuchiya Castillo, quienes después de vivir en Supe, puerto donde la artista nació, se trasladaron a la calle Billinghamurst, en pleno barrio chino de Lima. En su padre, un médico sumamente refinado y gran amante del arte, encontró siempre Tilsa la comprensión necesaria para aliviar y encausar los torbellinos de su alma de artista. Pero la muerte se lo arrebató cuando apenas ella iniciaba sus estudios de arte; poco tiempo después partió su madre. Estas desgracias la obligaron a suspender sus clases temporalmente, y cuando las reanuda asiste a los talleres de Carlos Quípez Asín y más tarde de Ricardo Grau, a quienes considera sus dos grandes maestros. Su opción por la pintura le había traído muchas dificultades, pero el apoyo incondicional de su hermano Wilfredo, médico como su padre y gran aficionado al dibujo, fue fundamental pues la ayudó a costear sus estudios vespertinos en la Escuela Nacional de Bellas Artes, donde obtuvo la medalla de oro de su promoción en 1959 con una calificación solo alcanzada por ella: ¡21 sobre 20! Más tarde, su hermano la volvió a respaldar en su decisión de viajar a Europa, era la primera vez que se iba tan lejos, sola, sin protección, sin dinero, acompañada únicamente por su sensibilidad e inmensa capacidad creativa. Los tiempos iniciales en París fueron sumamente difíciles, incluso estuvo hospitalizada por una incipiente tuberculosis, pero nada la apartó de su vocación y búsqueda. Si de algo se puede acusar a Tilsa es de su absoluta lealtad para consigo misma; en medio de las efervescentes corrientes artísticas parisinas, supo preservar y desarrollar como nadie su singular y enigmático universo. Decir que fue onírica, surrealista o aplicarle otra categoría resultará siempre limitante e incompleto, no abarca la magnitud de su propuesta, fruto no solo de su rigor e impecable técnica, sino también de una profunda reflexión personal, independiente, lejos de todo pensamiento unilateral, mecanicista y dogmático, en especial del racionalismo. En 1973 volvió al Perú. Su personalidad tenía un encanto lunar, reflejaba la finura de su alma compleja y juguetona, delicada y bromista, silenciosa aunque muy elocuente con sus amigos, pero en lo fundamental: incansable y firme en el camino que había elegido: estar «a la moda» es lo más fácil; pero yo creo que un artista debe seguir lo que le nace, debe ser fiel a sus voces interiores y no cambiar cuando cambian los gustos o las demandas del mercado. A mí nada de esto me interesa.

Supe, 24 de setiembre de 1928 – Lima, 23 de setiembre de 1984

LUCHO HERNÁNDEZ

Poeta, médico

Soy Luisito Hernández / CMP 8977 / Ex campeón de peso welter / Interbarrios; soy Billy / The Kid, también, / Y la exuberancia / De mi amor / Hace que me haga / Un nudo en el pulmón...

Qué difícil respirar con tal exuberancia de voces en el alma, atemperadas solo por la música que Lucho adoró desde niño: Volverás a amarte cuando escuches / Diez trombones / Con su añil claridad. Con el tiempo su pasión por la música clásica se extendió a los Beatles, los Rolling Stones, los Traffic Sound y a una lista interminable que compartía con sus amigos de barrio en Jesús María. Fue alumno del colegio La Salle, luego de la Universidad Católica para finalmente inclinarse por los estudios de medicina en San Marcos, la misma carrera de sus dos hermanos. Fue también alumno libre en el Conservatorio de Música, donde estudió jazz. Claro que él sobresalía en todo, parecía un ser de otro mundo, o tal vez era un elegido del destino con la capacidad de oír el canto del universo y de transcribirlo al papel en su hermosa caligrafía. Amó la música y la poesía por encima de todo, aunque en una entrevista con Álex Zysman dijo que en la vida más le gustaba el aserrín, los bares, el mar y las esquinas y nada más, en otras palabras: la vida, la calle y la gente de carne y hueso. Su consultorio lo abrió en Breña, en la vieja casa de sus abuelos maternos, adonde acudía principalmente gente pobre que solo podía retribuirle con bizcochos o caramelos. Uno de sus mejores amigos, además de compañero de estudios y colega, lo recuerda después de clases, con un cigarro en la boca, la música a todo volumen, escribiendo en un sencillo cuaderno de espiral: Yo conozco esa canción / Que bajo la noche vi. Por cualquier pequeño error arrancaba la página, aspiraba nuevamente su cigarro y volvía a escribir y dibujar, así sumó un sinnúmero de cuadernos. Cuando aparecieron los plumones, sus cuadernos empezaron a llenarse de colores, de elefantes y puestas de sol, lo mismo acontecía con las paredes y vidrios de ventanas propias y ajenas, convertidas al final en hermosos vitrales. Le incomodaba el sometimiento a la razón y a la lógica, él era un príncipe del reino de la libertad, organizaba sus libros artísticamente, por sus formas, texturas o colores: Ponte, uno con bastante humo y esas cosas, pertenece a La avenida del cloro eterno. Uno un poco azul es Los cromáticos yates. Si se me ocurre un poema, por ejemplo, extraño, es El sol lila. O sea van por derecho propio. A La playa inexistente van aquellos poemas que ni yo entiendo. Y no tengo ni la menor idea de lo que quieran decir, pero me parecen lindos en la forma de las palabras... Humor, ternura y melancolía los llevaba a flor de piel. Tenía un sentido único de la propiedad: era dueño de todo y de nada, con absoluto desinterés y naturalidad regalaba sus poemas, cuadernos y también los casetes que él mismo grababa. Abel, Abel, qué hiciste de tu hermano, / Di, qué hiciste... A

menudo caminaba con aire distraído por el centro de Lima, impecablemente vestido de blanco y un saco azul sobre los hombros, seguramente acompañado por el cielo, el mar y su exuberante música. En 1977, después de un extraordinario recital en el INC, viajó a Buenos Aires para internarse en una clínica especializada. Como cuando vivías / cantarás. / Aunque no vuelvas.

Lima, 18 de diciembre de 1941 – Santos Lugares, Argentina, 3 de octubre de 1977

CRISTINA GÁLVEZ

Escultora, dibujante, maestra

En el liceo francés y a través de la historia de Francia descubrí al Chevalier de Turenne, parte a la guerra y se dice a sí mismo: «Tiembla esqueleto, temblarías mucho más si supieras adónde te llevo», para mí, aún una niña, esta frase se convirtió en la clave de mi vida, vencer el miedo o servirme de él como un acicate; de ahí nunca se supo si yo era valiente o inconsciente...

Y con esa determinación y osadía se dispuso a indagar en los enigmas y las sombras de la existencia. Su obra es el testimonio de esa búsqueda, es el esfuerzo por esculpir, grabar o dibujar la estructura del misterio: Ya te hablé de aquel vacío que me llama más y más, quisiera llegar a esculpir como se escribe, escribir la figura como se pone una firma. Cristina tenía 13 años cuando viaja a Europa con su familia. Fue en talleres de destacados artistas de París donde aprendió los fundamentos del trabajo artístico. Cuando vuelve al Perú tiene 20 años, pero no encuentra en Lima la atmósfera de libertad necesaria para su creación, decide entonces abandonar la Escuela Nacional de Bellas Artes y recorrer el país para conocer sus múltiples expresiones culturales. Con todo ese bagaje viaja después, en la década del 40, a Nueva York, donde para sobrevivir trabaja como empleada doméstica. Allí estudia escultura en el Art Students League, y gracias a su talento obtiene las becas Rockefeller y Ford que le permiten continuar su formación. Posteriormente regresa al viejo continente. Participa en bienales de París y Sao Paulo, y también realiza exposiciones en Lima y en Estados Unidos. Al Perú vuelve definitivamente en 1965. Una enorme generación de artistas tuvo la suerte de que esta extraordinaria escultora y dibujante abriera su taller e iniciara la enseñanza de dibujo. Supo insuflar en sus alumnos disciplina, rigor, confianza y un profundo amor hacia sí mismos. En la entrada de su casa-taller Cristina había colgado una pequeña placa de metal con la siguiente inscripción: Cuando hayas perdido la esperanza, la puerta se abrirá. Nadie quedaba inmune ante la potencia de esas palabras que convocaban a la fe, la persistencia y la confianza. Su gran felicidad

era ver a un ser humano levantarse sobre sus debilidades y ponerse en pie, detestaba la cobardía y la indiferencia como actitudes ante la vida. Las fantasías, nuestros sueños, nos son indispensables no sólo para ayudarnos a vivir sino para ir formándonos a través de ellos. Abogando siempre por la justicia, dedicó tiempo y energía a la defensa de los derechos humanos. De costumbres vespertinas, era habitual verla con su abrigo de cuero negro, sus enormes lentes y un cigarrillo Inca en la boca. Tenía más de sesenta años cuando decidió viajar a la India, ansiaba comprender su noción o sentido acerca del devenir de la vida, en especial aquella misteriosa humildad y abandono ante el destino y la muerte. Bravo por aquel sentimiento de aventura, que solo aflora cuando se va a arar rompiendo lazos, venciendo aquella ansiedad que surge cuando dejamos algo atrás sin bien vislumbrar hacia lo que vamos.

Lima, 4 de marzo de 1916 - 14 de febrero de 1982

ANTONIO CISNEROS

Poeta

Todo era hermoso / y común / en mi recuerdo: / muros abriéndose / en la hierba, / tiempo sumergido / en la sal...

Toño, como todo el mundo le decía, escribió desde que estaba en el colegio. El capitán Nemo, las aventuras de Sandokán y los tigres de Mompracem inundaron su fértil imaginación. Bastaba verlo correr por calles, plazas y parques, como un agitado animal de pura sangre, aspirando la vida a raudales, jugando a los piratas, peloteando, y escribiendo a escondidas un poco de todo. Había nacido en Lima, más precisamente en Miraflores, al lado del mar, soy un ser marítimo. A los 19 años publicó su primer libro: Destierro, dos años después ganó el Premio Nacional de Poesía, y en 1968 su Canto ceremonial contra un oso hormiguero obtuvo el Premio Casa de las Américas de Cuba. Su insobornable voz fue afilándose poco a poco, hasta alcanzar el brillo y la desnudez de una espada. Difícil precisar los caminos que lo condujeron a esa franqueza y desparpajo que lucía como un dios olímpico. Anduvo por esta Tierra seguro de su valor, libre como pocos, sin puertas que obstruyeran el paso de su figura, alta y caudalosa, coronada por una cabeza nerviosa, mezcla de gallo y águila, según su amigo Willy Niño de Guzmán. Su mirada, rápida y sagaz, calaba pronto en el espíritu de sus interlocutores y, a la velocidad del rayo, como un niño imprudente e ignorante de toda cortesía, batalló siempre por un poco de verdad: ...Cómo decirle pelo al pelo / diente al diente / rabo al rabo / y no nombrar la rata. Con infinita habilidad y una mezcla explosiva de

irreverencia y espontaneidad era capaz de echar por tierra cualquier situación que oliera a guardado, a falta de buena conversa, buen cebiche o aire fresco. Por eso prefirió el periodismo a las labores académicas o de escritorio, ahí está su paso por revistas como 30 días, Marka y Sí, el semanario El Búho, el inolvidable suplemento El Caballo Rojo del que fue director, sin mencionar lo que Lorenzo Osoreo, su hermano del alma, dice: «De Toño fue la idea de sacar una revista de humor, que poco después se concretó en Monos y Monadas». Es verdad que no fue un hombre sencillo o humilde, nada más lejos de su personalidad, fue egocéntrico, vanidoso y competitivo, pero jamás pretendió lo contrario, paseó sus defectos y su talento a lo grande, abiertamente, a pecho descubierto, como un magnífico tigre de Mompracem. Sin embargo, una especie de animal alado, oscuro e invisible llegaba a inquietarlo a la hora del crepúsculo, El aire es negro, susceptible de pesarse y ser trozado, y / usted no podría creer que alguna vez / sobre este corazón ha estado el sol.

Lima, Navidad de 1942 – 6 de octubre de 2012